

Opinión

LA TRIBUNA

La edad estupenda



Adela Muñoz Páez

Departamento de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla

CINCUENTA tacos? Medio siglo. ¡Qué fuerte!. No hace falta oírsele decir a una preadolescente deslenguada para darse cuenta de que cincuenta años son muchos. De hecho, hasta hace poco una mujer se convertía en señora mayor al pasar la treintena. Hoy, en cambio, una mujer de esa edad es una jovencita con casi todas las (supuestas) decisiones importantes por tomar: trabajo, pareja, hijos e hipoteca. Pero ¿son tan elásticas la edad y la apreciación personal y social de la misma como para que el tiempo en que uno se considere joven pueda extenderse?

Hay ciertos hechos objetivos que no se pueden obviar como, por ejemplo, la disminución de las concentraciones de calcio y de determinadas hormonas a partir de un cierto momento, junto con altibajos en la de hierro. Cuestión de química, como casi todo lo importante. También hay, cómo no, alteraciones físicas menos relevantes: formas que se redondean donde menos conviene, pliegues que devienen en arrugas y demás. Fruslerías comparadas con el crecimiento silencioso de la osteoporosis, consecuencia de la descalcificación, o el deterioro del sistema cardiovascular como consecuencia de la falta de hormonas. Y algo mucho menos dramático, pero a veces más cruel: el termostato enloquece.

Por si lo anterior fuera poco, tenemos la inhibición del deseo sexual femenino, IDSF, que a estas edades se dispara ¿Qué se sabe de eso? ¿A cuántas mujeres afecta? No hay muchas estadísticas sobre el tema. Naturalmente, hay estudios científicos, pero los resultados han trascendido poco. Hasta no hace mucho, digamos medio siglo en nuestra avanzada cultura occidental, la vida de la mujer sin hijos pasada la menopausia carecía de sentido. También se daba el caso de que una gran mayoría de esas mujeres estaban muertas, porque la esperanza de vida no superaba mucho la edad del climaterio. Hoy el objetivo de las

Las cincuentonas españolas no sólo están vivas, sino que tienen mejor salud que nunca. Tampoco están luchando en el mercado laboral, han encontrado su lugar en el mundo, saben lo que les gusta y han aprendido a decir no



mujeres no es tener hijos, y la esperanza de vida ha superado los ochenta años.

¿Y qué hay de la IDSF? Pues, comparado con la abrumadora información disponible sobre la disfunción eréctil masculina, de esa contrapartida femenina apenas se sabe nada. Pero parece que existir, existe. En Francia hay estudios que hablan de 30% de mujeres que se ven afectadas en mayor o menor grado por esta IDSF tras la meno-

pausia, y las francesas en esa situación rondan los diez millones. En Europa, casi el 50% de las mujeres con menopausia quirúrgica sufren una disminución del deseo sexual. No hay datos para evaluar si las españolas operadas son europeas también en ese sentido. En todo caso es evidente que existe un problema, hasta tal punto que las compañías farmacéuticas, que en estudios de marketing son unos linceos, buscan con ansia una nueva mina de oro: lo que han dado en llamar la viagra femenina.

Así pues, puede que tras pasar el medio siglo deprete emociones "intensas". ¿Pero son todas negativas? De entrada las cincuentonas españolas no sólo están vivas, sino que tienen la mejor salud que hayan disfrutado nunca, consecuencia de un largo periodo sin carencias alimenticias y con una atención sanitaria más que razonable en general, y en la atención de embarazos y partos en particular. Tampoco están luchando a brazo partido en el cada vez más despiadado mercado laboral, porque a los cincuenta o bien se disfruta de una situación establecida y se va tranquilamente camino de la prejubilación o se lleva la casa con cierto oficio.

Por otro lado, ya ha pasado el tiempo de la terrible disyuntiva de tener o no tener hijos, y en caso de haber decidido tenerlos, de la laboriosa tarea de criarlos. Seguramente se ha encontrado un lugar en el mundo; se sabe lo que a una le gusta y lo que le desagrada; se ha aprendido a decir no; han pasado las esclavitudes de la moda y aún no se entreven otras tiranías; lo del botox ha llegado algo tarde y se ha aprendido que se puede vivir sin él; y encima de todo ello, quien tenga interés en ellos, hasta podrá disfrutar de un viagra. Ya lo proclaman todas esas carrozonas espléndidas que contratan las empresas de cosméticos y que vemos en grandes carteles, en televisión y en todos los periódicos y revistas clamando: "porque yo lo valgo".

No es raro que muchas mujeres en torno o pasada la cincuentena no quieran ni oír hablar de volver a los veinte o los treinta, "¡qué trabajera, qué agobio!" Así es que, bien pensado, los cincuenta es la edad estupenda. No hay más que madurar un poco para darse cuenta.

PALABRA EN EL TIEMPO

Alejandro V. García
avgarcia@grupojoly.com

Calderilla

COMO soy disciplinado, he hecho caso a Pedro Solbes y he consagrado parte del fin de semana a "interiorizar" qué es el euro. Bueno, como no quiero engañar a nadie, he de añadir que me he aplicado a semejante tarea pensando también en los beneficios que podría extraer sobre los gastos de Navidad. Ya les contaré. El ministro de Economía, como nadie ignora, ha dicho que una de las razones del incremento de la inflación, que en los últimos doce meses ha superado el 4 por ciento, ha sido que los españoles no hemos "interiorizado" el euro. Solbes, como el maestro de escuela machadiano, ha remachado, como si fuera un estribillo, que "veinte céntimos son 32 pesetas y un euro 166". Exacto. La lección del ministro ha levantado mucha hilaridad. ¿Cómo un asunto tan serio puede provocar risa? El error de Solbes es que ha concentrado su teoría sobre un único caso: las propinas exageradas que los españoles dejamos en los bares y restaurantes.

El ejemplo es y no es bueno. Sí que lo hemos interiorizado. Es verdad que quizá algunos son demasiado generosos y desprecian alegremente las perras junto a la taza vacía del café, pero no creo que la suma total de gratificaciones semanales represente una amenaza para las economías do-

El error de Solbes es que ha concentrado su teoría sobre la escasa interiorización del euro en un solo caso, las propinas

méstica y nacional. ¿Qué propina hay que dejar después de tomar un café? Si interiorizamos mucho el euro, es decir, si nos dejamos llevar por una avaricia estricta, no habría que dejar un céntimo, pero si nos gana la *esplendidez de la calderilla*, ¿cuánto? ¿Cinco, diez, veinte céntimos? ¿No es más desgarrador el precio que alcanza un café que los céntimos de la propina?

Quizá lo que Solbes ha querido decir es que quienes fijan los precios –los productores, los mayoristas, los minoristas, el petróleo, el Gobierno, etcétera– han desorientado el valor del euro y nos han desorientado a nosotros. Sin ser una fórmula exacta, la propina se calcula sobre el precio del artículo. Y los artículos son los que han reventado y devaluado el euro. Basta convertir en pesetas el precio de una barra de pan, y mirar cinco años hacia atrás, para comprobar cómo la "interiorización expansiva" del euro ha reducido nuestra poder adquisitivo. La "interiorización regresiva", es decir, el ahorro en propinas, tiene poca capacidad para equilibrar el desfase, incluso si suprimiéramos las propinas.

(Hace cinco años entrevisté a un mendigo que presumía de leer los periódicos económicos. Le pregunté por la influencia de la implantación del euro en la economía de los pobres que, como él, pedían en las iglesias. Me dijo que buena, no por la escasa interiorización de la moneda sino la impericia de los feligreses).

EN TRÁNSITO

Eduardo Jordá



Integridad psicológica

UNA de las cosas más asombrosas de nuestra época es la aceptación que tienen ciertas teorías que no pasan de ser pura charlatanería pedagógica o psicológica. En cierta forma somos tan supersticiosos como en la Edad Media, aunque nos creamos muy modernos y muy racionalistas y muy avanzados. Basta con que alguien se exprese en un lenguaje que parezca científico (es decir, complicado e ininteligible), para que nos traguemos la primera paparrucha que nos suelten. Y eso explica que los conceptos más disparatados circulen por las universidades y los Parlamentos sin que nadie se haya parado a pensar si hay algo de verdad en lo que dicen.

Ahora se va a aprobar una ley en la que se dictamina que los padres "deberán corregir a los menores con respeto a su integridad física y psicológica". Ante todo, uno se pregunta a qué viene este afán de legislar sobre todas las cuestiones de la vida (dentro de poco nos dirán cómo tenemos que lavarnos los dientes o qué clase de sartenes debemos usar). Pero lo más extraño de todo es que nadie haya caído en la cuenta de que el concepto de "integridad psicológica" es tan absurdo como esas propinas de un euro que el señor ministro de Economía dice ver en el bar donde va a tomar café. Y es que cualquier niño que haya visto *La familia Mata* o *Escenas de matrimonio* –y son mu-

chos, a juzgar por los desorbitados índices de audiencia– sabe que eso de la "integridad psicológica" es una tomadura de pelo. Nuestra integridad psicológica no existe porque estamos cambiando en todo momento y la psique de cada uno de nosotros no alcanza nunca un estado de inmutabilidad ni de integridad. Incluso los viejos cambian, ya que casi todos se vuelven más desconfiados y temerosos, aunque algunos se vuelvan más derrochones y alegres. Y si los viejos cambian, los niños están cambiando continuamente (y si no cambian, eso sólo significa que serán unos monstruos malcriados e insoportables). La vida es así. Ganamos y perdemos, aprendemos y olvidamos. A veces mentimos, otras veces nos dejamos engañar. A veces imponemos nuestros caprichos, otras veces aceptamos que los demás se salgan con la suya. Unas veces lloramos de rabia, otras veces hacemos llorar. No hay otra forma de vivir en familia o de convivir en un colegio. Vivir es aprender a resistir, a mentir, a disimular y a manipular, pero también es aprender a decir la verdad y a actuar con franqueza. Todo lo valioso se adquiere a costa de una humillación o un desengaño. Y la integridad psicológica de cada uno de nosotros no es más que el conjunto de todos estos aprendizajes. Si existe, tan sólo es la certeza de que nunca podremos alcanzarla, digan lo que digan los pedagogos y los psicólogos y los legisladores.